

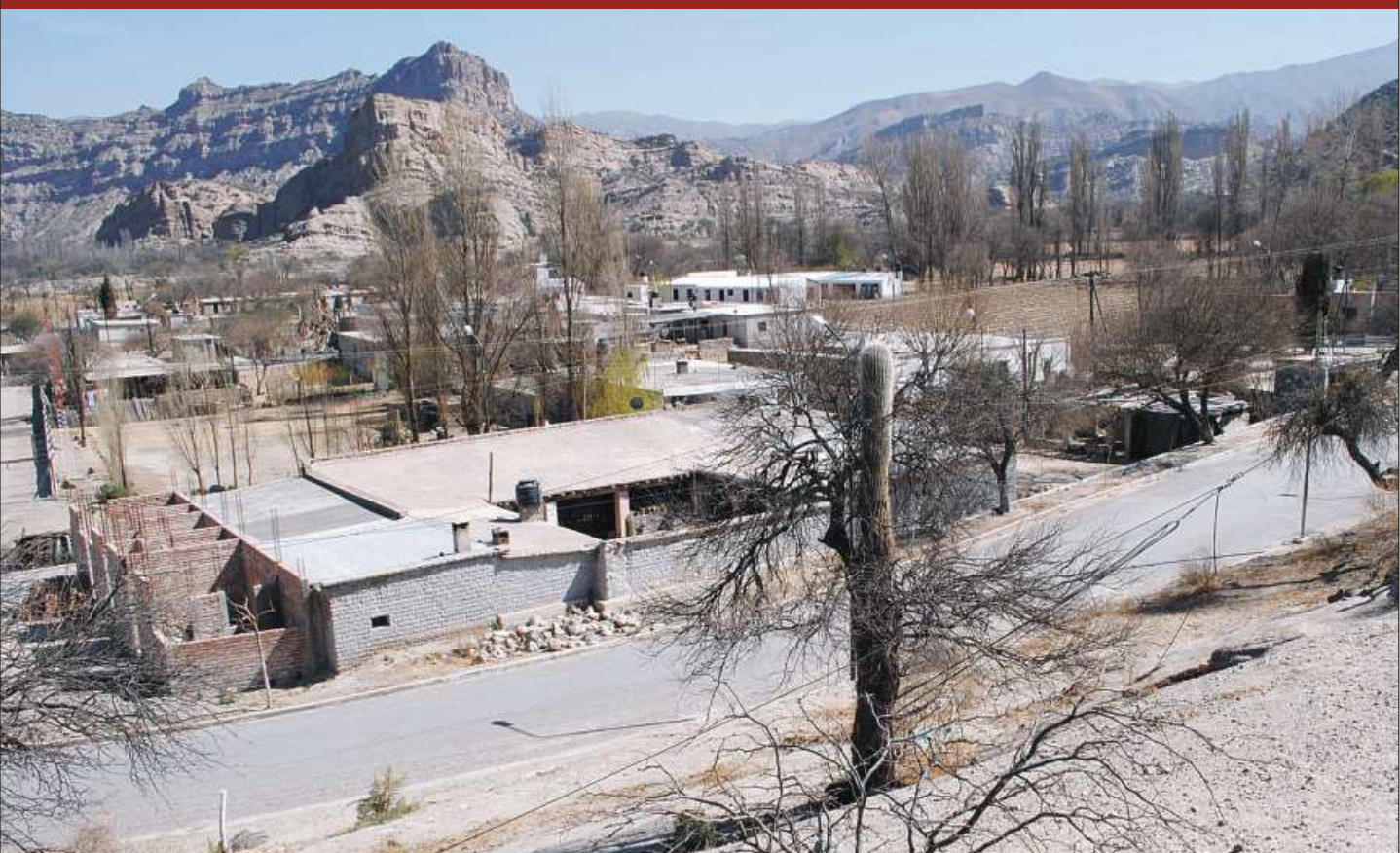
ISSN 1853-3647

Serie: Estudios sobre el Ambiente y el Territorio

Nº 8 - Año 2013

Localidad de Villa Vil: De la relocalización como razón científico-técnica hacia la emergencia de una teoría local del conocimiento

■ Daniela Iriarte



■ Ediciones

Instituto Nacional de
Tecnología Agropecuaria



PRÓLOGO

Relocalizar el conocimiento ¿Qué es el conocimiento?

Antaño el mundo de aquellos que se dedican al conocimiento parecía ser un mundo algo separado, aislado del mundo habitual, cotidiano, en una palabra, mundano. La imagen de los científicos en guardapolvos blancos rodeados de pipetas y tubos de vidrio, o bien encerrados en polvorientas bibliotecas en busca de viejas escrituras, parece haber quedado en el recuerdo. Hoy día la ciencia se promulga aplicada, se piensa para la sociedad -cualquier cosa que ella sea- y se mide por su utilidad. La ciencia ha de ser, entonces, aplicada, el conocimiento debe ser útil, los científicos han de acudir en solución de las demandas sociales. Entre sociedad civil y ciencia, el estado asume las demandas, planifica las respuestas y despliega las acciones. Tal es el esquema que, al menos en teoría, vincula al estado, la ciencia y la sociedad. Ya asociado ya paralelo al estado, es con frecuencia el mercado la fuerza que vincula conocimiento y sociedad. La creación de conocimiento cobra sentido, así, en el circuito que, directa o indirectamente, lo lleva a reconfigurarse en política pública o mercancía. La infelicidad, la pobreza, la enfermedad, la violencia, no serían sino corrupciones de semejante virtuoso circuito. Denominamos disciplina y posdisciplina a las caracterizaciones de la ciencia respectivamente orientada a la verdad o al bien común, como fuera que aquella o este se definan, consideren o representen.

Dentro de esa red de pensamiento posdisciplinario cuesta mucho comprender el rechazo

popular de las políticas públicas, sin recurrir con facilidad al señalamiento de la ignorancia o la incompreensión, la incomunicación o la acción ideológica espuria. Sin embargo, cuanto más territorializadas sean las intervenciones estas parecieran recoger más desconfianza local, o indiferencia, cuando no abierto rechazo. No pocas veces las comunidades cierran filas en oposición a proyectos que las afectan; son numerosos los casos en que se oponen con éxito. Las movilizaciones territoriales que contestan las intervenciones producen fracturas locales y realineaciones que, en sí mismas, constituyen saldos negativos de los proyectos de intervención territorial, independientemente de cuan loables hayan sido los objetivos por estos planteados. Muchas otras veces las comunidades no enfrentan de manera abierta, pero dejan hacer como si se desentendieran, tal vez porque saben que o bien no las modifica en lo substancial, o bien el costo y los riesgos de un enfrentamiento se juzgan demasiado altos y fuera del alcance de sus propias fuerzas y/o dinámicas comunitarias. Sea cual fuere la actitud local frente a los proyectos de intervención, lo que estos ponen en juego es una contienda de conocimiento. Quién conoce (o conoce mejor o más acabadamente), es lo que reposa como supuesto de las intervenciones así como de las contestaciones a estas. Ello es lo mismo que decir que lo que está en la base de la litis, aunque no se lo enuncie, son distintas ideas acerca de qué es el conocimiento, en qué consiste

conocer, cuáles son los atributos de los concededores y las vías de acceso al mismo. Los escenarios locales de intervención de proyectos extralocales, que muchas veces se apoyan en discursos globales como, por ejemplo, los de las disciplinas académicas, los de los objetivos de desarrollo, etc., son contextos particularmente fértiles para observar cómo el conocimiento, uno de los filos privilegiados de la modernidad, fricciona contra su propio contorno. Ese filo corta, hiere, pero también se mella, se embota. Y la fricción suele poner en conversación sus propios supuestos: el conocimiento, pero también, aquello que este es. Por dónde venimos a decir que las fricciones locales de los diseños globales ponen en escena confrontaciones de meta-conocimiento.

A mediados de la década de 1990 la población de Villa Vil (Belén, Catamarca, Argentina) rechazó la relocalización propuesta por el estado provincial como mitigación del riesgo geológico por un posible deslizamiento del cerro a cuyos pies se levanta el pueblo. Como es usual en los proyectos de intervención, estos movilizan saberes expertos que, así, se transfiguran en ciencia aplicada. El estudio y diagnóstico de la geología local configuraron, en este caso, la plataforma de conocimiento reconvertido en tecnología de intervención. ¿Cuáles son los supuestos de ese movimiento del conocimiento desde la disciplina hacia la pos-disciplina, es decir que, de buscar la verdad pasa a orientarse hacia el bien social, en este caso la mitigación del riesgo geológico? ¿Cómo se configura la plataforma local desde la cual esa propuesta es recibida, evaluada y rechazada? ¿Qué distancias epistémicas separan a ambas bases de conocimiento? Y aún más: ¿cómo establece cada conocimiento -científico-técnico/estatal por un lado y local por el otro- su relación con el otro conocimiento? Son todas preguntas que pueden ser transitadas con interés en el informe que Daniela Iriarte nos presenta en estas páginas. Pero si así lo hacemos, quedan abiertas otras inquietudes: ¿qué enseña la teoría de conocimiento de Villa Vil? ¿Cómo se articula el conocimiento en Villa Vil con sus regímenes de cuidado local más amplios? Finalmente, como de un texto académico se trata, esta es una investigación que precisa de instancias que, a su vez, transformen el lugar de experticia que ella misma habita.

CONOCER COMO RELACIÓN

Para los geólogos el acceso al conocimiento tiene unos métodos y objetos precisos. No hace falta aquí abundar en ello, la disciplina de la geología tiene, como todas las disciplinas, su historia, sus instituciones, sus métodos, en fin, un campo ya delimitado. Por fuera de ese campo, en cambio, el conocimiento geológico acerca de, por ejemplo, la relación entre un cerro y un valle, no es evaluado de acuerdo a los cánones disciplinarios de validación, sino por el hecho de originarse en un campo disciplinario. Los informes que los geólogos acercan a los funcionarios del estado son leídos por la marca del campo disciplinario que suponen los procedimientos disciplinarios de validación, y no por el recorrido lógico argumentado en el lenguaje disciplinario. La procedencia disciplinaria -es decir, el contexto sociológico del conocimiento- es lo que, en definitiva, le otorga a este el valor hegemónico. En la lectura del estado, la ciencia -la disciplina- funciona más como signo de la validez del conocimiento, de hegemonía epistemológica, que como contenido de algún procedimiento riguroso. Este -aun cuando exista- no es realmente parte del contenido del conocimiento los funcionarios y operadores carecen de las habilidades para decodificar los tecnicismos del lenguaje disciplinario, pero en cambio saben interpretar la marca epistemológica del conocimiento, su signo hegemónico. La atracción del conocimiento científico dada por su marca simbólica supone, asimismo, un consenso epistémico básico. Cualquier eventual misticismo del funcionario es puesto a un lado frente a la aceptación tácita de los supuestos epistémicos del informe: el cerro es materia espacialmente dispuesta gobernada por leyes mecánicas. Epistemología disciplinaria y episteme moderna no están ausentes en Villa Vil. Pero no parecen gobernar las vidas de sus habitantes. Estos establecen otras relaciones, y en esas relaciones el conocimiento tiene otros sentidos. "(...) Uno habla dentro de lo que uno conoce, yo me he criado aquí, así lo he conocido al lugar, no veo ninguna cosa rara, por eso defiendo a mi pueblo" (2.3.1995). El conocimiento no es algo que se obtenga a través de una serie de procedimientos de observación, análisis e interpretación, es decir, de unos métodos sensoriales y racionales replicables, diseño o di-segno. Sino que haber sido "criado aquí" es lo que lleva al conocimiento. Ser

criado aquí se entiende como un conjunto de relaciones con la familia, los vecinos y el lugar, relaciones en las que se deviene habitante, criollo, en fin, acontecimiento no replicable, designio o de-signio. Esas relaciones con la comunidad local de seres son el conocimiento de esos seres y de las relaciones entre ellos. La intimidad cultural es el conocimiento, algo que ningún estudio geológico - ni de otra disciplina- puede alcanzar. “De afuera no lo entienden, hay que estar acá y conocerlo al cerro. Es algo que conociéndolo uno sabe que no puede pasar”, explica Leila Segovia.

Esa intimidad cultural no significa que todos sean lo mismo, sino que todos están relacionados, y que esas relaciones suponen ocasiones, modos, oportunidades, obligaciones, que deben ser atendidas. Las relaciones entre seres no están gobernadas por meras relaciones físicas externas a ellos, sino por relaciones de relaciones, modos de relaciones posibles, social y ritualmente reguladas. “Es así mi relación con la tierra, la tierra es la madre que tenemos, porque la trabajábamos vendíamos todo, como pimienta y comino y hemos ido adquiriendo gracias a Dios y a la Virgen. Además, el cerro está aquí”, describe Celestina de Pachado.

El conocimiento moderno se supone necesario para la intervención en la realidad; así, ciencia y política (o ciencia y mercado) conforman una sociedad fundamental en la modernidad. Pero la gnoseología villavilista no supone al conocimiento como una apropiación intelectual-racional de la realidad previa a la intervención en ella. En Villa Vil el conocimiento es parte necesaria de la vida: se conoce a los seres que co-habitan la comunidad, y se conoce sus modos de co-habitar. Esos seres devienen tales mientras, y debido a que, cohabitan, es decir, no son por afuera de sus mutuas relaciones sino en ellas. Por ello que conocer y co-habitar son lo mismo. En ese contexto, el desconocimiento es la peor afrenta, pues ello implica desconocer la relación mutuamente constitutiva, renegar de la relación de cohabitación, de ser en la mutua relación. Así, se desconocen quienes entre sí se enfrentan dispuestos a acabar con el otro.

En este sentido, los proyectos de intervención que esgrimen el conocimiento científico-académico como si este fuera el único conocimiento posible o deseable, y lo aplican en mundos locales, incluso en pos de desinteresados objetivos, desconocen el conocimiento y el metaconocimiento locales, su

epistemología y su episteme, lo que en términos villavilistas sería un desconocimiento epistemicida. Sintetiza Celestina de Pachado que “Así es la cuestión de conocer la tierra, por eso era más fácil mover al cerro que a la misma gente”. La gente no se mueve del lugar debido a su conocimiento; en la evaluación local de la litis no importó el diferencial de poder, que estaba claramente a favor del estado, sino el diferencial de conocimiento. La amenaza se cernía sobre Villa Vil no meramente porque un conocimiento fuera válido o no, sino porque se trataba de un conocimiento contrario a, y amenazante de, la relación de conocimiento local -las relaciones de cohabitación entre la comunidad local de seres-. La disciplina que busca la verdad es reconvertida en posdisciplina que busca, como en el caso analizado por Iriarte, un bien social. Pero en ello implica un desconocimiento de las relacionalidades locales. Un desconocimiento que amenaza la vida en comunidad. “Defender al pueblo” es una expresión que, así, cobra su real sentido cuando se trata de rechazar tanto la relocalización como la predicción del derrumbe del cerro.

La defensa del pueblo, la movilización territorial, sólo puede ser comprendida atendiendo al domicilio del conocimiento. El lugar hegemónico del conocimiento científico suele ser impermeable a la co-existencia de otros domicilios epistémicos; los conocimientos locales, en cambio, deben acometer el doble trabajo de construir teoría local, pero siempre en relación a los conocimientos y meta-conocimientos hegemónicos. Leila Segovia insiste, elaborando el conocimiento local en relación al hegemónico: “Cuando llueve mucho siento que la tierra se va acomodando, es por eso que necesita más agua y para mí eso vendría a ser así, se acomoda la tierra para recibir el agua. Son mis pensamientos no sé si será en realidad así, es como si la tierra se va adaptando, tiene su propia vida, es otra forma de entender lo que pasa con el fenómeno, la gente de afuera lo entiende de otra manera. Uno que es de acá lo conoce al cerro, yo lo caminaba y lo camino y por eso no se puede decir que esto se va a abrir en un segundo. Quizás desconfiaba donde hay agujeros porque se escuchaban ruidos por abajo, pero acá no hay un lugar volcánico; puede ser que tenga alguna erupción pero no creo porque esos agujeros siempre se están ventilando. Tampoco creo que sean zonas volcánicas porque en estos

lugares tienen respiraderos que tienen vertientes con agua y se escuchan ruidos como que baja el agua donde hay unos huecos y abajo salen unos tremendos chorros de agua, pero es un agua cristalina y muy natural. De afuera no lo entienden, hay que estar acá y conocerlo al cerro. Es algo que conociéndolo uno sabe que no puede pasar". Al contrario de lo que usualmente representa el conocimiento hegemónico, es este el lugar del aislamiento y no el conocimiento local, que sólo en relación -subalterna, por cierto- ha sabido sobrevivir como domicilio epistémico.

Ahora bien, estas no son aguas tranquilas para un derrotero que se pretende enmarcado académicamente. La playa de la teoría local, si uno se la toma en serio, sacude las bases sobre las cuales se apoya la propia empresa de conocimiento académico, científico si se quiere, mediante la cual alcanza el pie la tierra firme. La propia investigación por la cual se reconoce el conocimiento local y sus fortalezas epistémicas, se erige en un campo cuyos contornos, métodos, objetos, rituales e instituciones lo componen como hegemónico. El que sea una investigación social o humana no la hace más alejada de la enunciación hegemónica que si fuera geología o física. La estructura disciplinaria de validación del conocimiento es igualmente reciclada por la posdisciplina, más allá de las diferencias "disciplinarias", es decir, de contenido y definición. La intervención en Villa Vil pone al descubierto asimismo el plano de intimidad epistémica que hace posible una asociación activa entre ciencias naturales, ciencias sociales, universidad y estado, que no presenta fisuras significativas sino cuando es resistido territorialmente.

Queda al descubierto, entonces, que el viaje recién comienza, que regresar a casa será mucho más difícil de lo que se creía: la investigación ha ido a conocer a Villa Vil, pero una vez allí, reconociendo a Villa Vil como lugar de teoría, desplaza su propio lugar, sus supuestos epistémicos. Conocerse en el espejo de Villa Vil ofrece la verdadera dimensión de lo que queda por hacer. Curiosamente, se trata de relocalizar el domicilio epistémico de la ciencia, mudarla desde el lugar en el que el conocimiento se comprende como fluyente desde un sitio (la ciencia, la universidad, etc.) para solucionar los males del resto del mundo (y en esa tarea desconocer al resto del mundo), hacia otros lugares en los cuales los conocimientos son relacionales, cohabitados,

territorializados, y abiertos a la conversación. No porque alguna amenaza o riesgo geológico se cierna sobre el edificio del conocimiento hegemónico. Tampoco porque constituya algún imperativo ético orientador de lo correcto. Sino porque reconocerse en el lugar de la violencia no puede sino resultar subjetivamente insoportable. Y si acaso así no fuere, otra oportunidad de aprendizaje habrá pasado de largo. Si mover a la gente ha probado ser más difícil que mover al cerro, tal vez sea el conocimiento lo que haya que localizar en otro sitio.

*Dr. Alejandro F. Haber,
Escuela de Arqueología,
Universidad Nacional de Catamarca / CONICET.*